

Aquellas voces ocultas en la tradición oral de los Llanos Orientales de Colombia

Juan Antonio Malaver Rodríguez
Estudiante de Doctorado en Ciencias de la Educación
Docente Departamento de Humanidades y Letras
Universidad Central

Puesto que la educación es socialización, conjunto de patrones que se transmiten de generación en generación, el pedagogo orientará sus esfuerzos para comprender su naturaleza y acontecimiento partiendo para ello, del presupuesto según el cual el ser humano no se educa sino en actos, a través de conocimientos y saberes.

Armando Zambrano

En la presente disertación sostendré la tesis de que la tradición oral llanera contiene y transmite múltiples elementos formativos en su universo narrativo. Para soportar esta tesis, parto de que quien conozca al hombre llanero sabrá que es altamente supersticioso, que tiene fe ciega en el poder de la palabra y que esto, en parte, se explica porque con la palabra cierra tratos, conjura males que la medicina lejana y muchas veces impráctica por la urgencia con que se necesita, no puede curar. Recordemos que en el llano se dominan grandes extensiones de trabajo con muy pocos hombres. Ellos debían luchar solos contra una naturaleza inhóspita de poder arrasador, por eso no era raro ver que en el horizonte se mostraban señales claras de una tormenta que, a punto de conjuros, “dicen que paraban”; en esas condiciones, la palabra se torna mágica. Así, **la palabra para el llanero tiene un valor supremo, preserva contra el olvido y mantiene lo que se quiere que pase inadvertido a las demoliciones de un mundo cambiante.**

En mis recuerdos todavía pasan los llaneros junto a mi casa, por aquella carretera destapada

en la que arreaban lotes de ganado a punta de silbos y gritos. Era miedoso y gratificante verlos, con ese poncho delgado a la cintura, con sus rejos delgados y largos, con sus alpargatas livianas para tener la velocidad de Aquiles. Al verlos venir se escondía uno en casa porque sentía temor al ganado bravo que arreaban y miraba uno a esos flacos, curtidos llaneros con admiración y respeto desde los cristales alegres de las ventanas.

Ahora, al estudiar aspectos de la cultura, nos enfrentamos a un cúmulo de saber muy amplio, de tal forma que se puede explorar sólo parte de ella y con latitudes demarcadas por la cultura dominante, entonces no nos interesa explorar lo nuestro. Así desconocemos la propia realidad, no se involucra nuestra riqueza cultural a las prácticas formativas. Riqueza cultural necesaria al momento de ejercer una pedagogía expresiva; que además, se proponga como creativa y transformadora.

Se vuelve una meta trabajar aquellos temas que han rondado la impresión de nuestra pluma y que, de paso, nos sirvan para tejerlos con las exploraciones en el terreno de la palabra, el

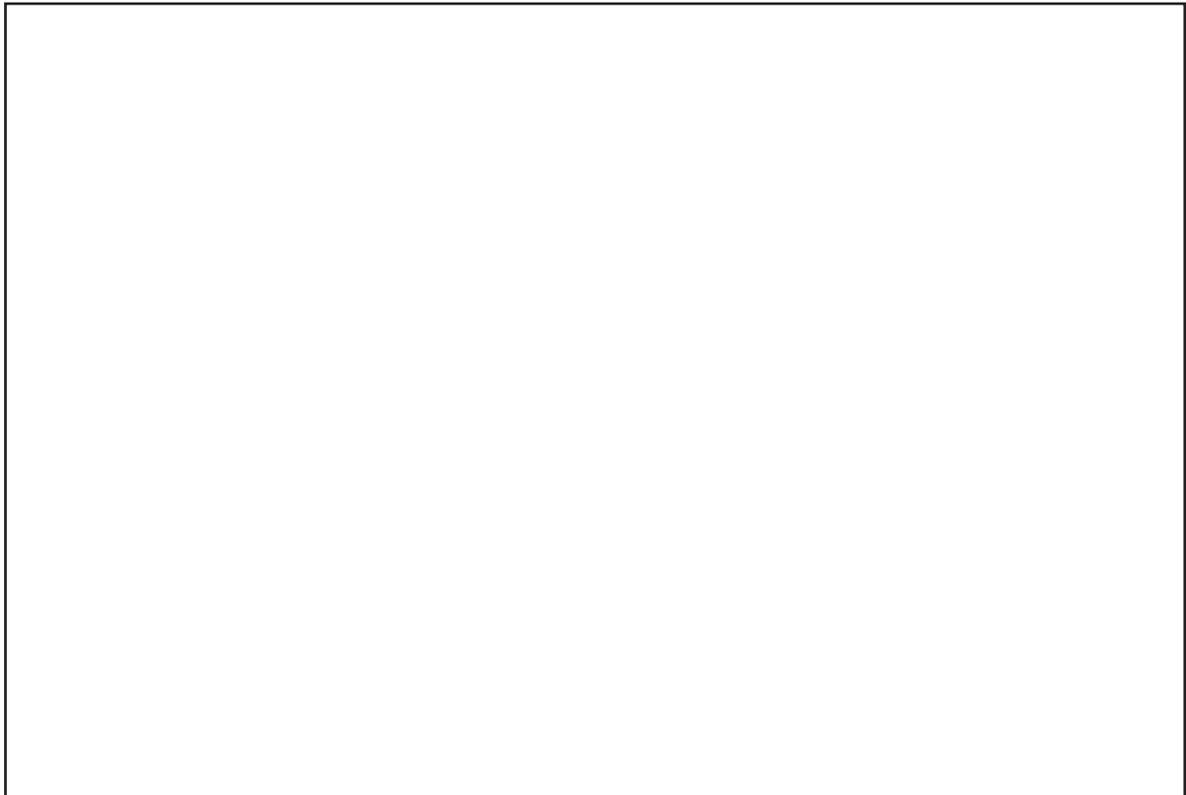
concepto, la historia, los aspectos cruciales del acto educativo y con ello de la formación.

Dentro de nuestra cultura se presenta la expresión llanera como una forma de vida típica que fue y será una mina de experiencias regionales bien particulares, a través de las cuales se permitirá mostrar una realidad impregnada de fuertes matices de experiencia, y con un alto grado de expresividad. Este universo es explorable y transferible a las prácticas de nuestro quehacer académico y vivencial permitiendo profundizar en nuestras raíces y en nuestra identidad.

La tradición no sólo preserva elementos necesarios para su cotidianidad, sino que siembra en sus terrenos elementos que a la vez educan como se quiere a un tipo de hombre llanero autóctono y arraigado. En ocasiones, uno olvida estas preocupaciones de la memoria y observa que hacen falta detonantes para sacudir dichas insistencias que batallan de manera oculta contra el olvido. Por ejemplo, un teórico como Armando Zambrano subraya y muestra el valor

de la palabra y de su historia en su transcurso espacio-temporal. Señala los hilos invisibles de correspondencia que genera, que desata al ser la palabra rastreada en un corpus investigativo, “Sólo en la búsqueda interpretativa, en la hermenéutica de la palabra, podemos encontrar los hilos que dan cuenta del tejido de lo social. Así, pues, una palabra es un tejido denso y la manera como dicho tejido haya sido elaborado, nos permitirá comprender el por qué estamos tan lejos de un concepto. De esta manera, el gusto por el misterio es la fuente del avanzar...” (Zambrano: 2002: 282). En este sentido, la tradición llanera se vuelve un concepto de lo llanero y la palabra en dicha tradición proyecta hilos de correspondencia que sirven de trama y urdimbre de un tejido de esta expresión, que busca arraigarse y con ello preservarse.

Retornemos a la tesis sostenida, la tradición oral llanera como formación, y veremos que la tradición no es de ninguna manera ingenua, preserva contra el frío del olvido, imparte, defiende la cosmovisión llanera



y al hacerlo educa, forma de una manera particular, recuerda, subraya, pone en cuestión, particulariza desde sus intereses y resguarda frente a una realidad transformada y absorbente. Si el llanero cree en la fuerza de la palabra, la pondrá en marcha para que a la vez cumpla una función social. De cierta forma, es necesario que todos crean que la creencia colectiva desata el escenario propicio para que la palabra cale, tenga un poder contundente, que sólo se logra al creer de manera firme en ella. Aquí la palabra logra elevarse a la categoría de milagro, “Los Catíos de Colombia cuentan que cuando el dios “Coragabi pasaba por donde estaban trabajando los hombres de su mundo, preguntaba: “ustedes, ¿qué hacen ahí?”; si alguno contestaba “sembramos piedras”, lo que señalaba de inmediato se convertía en piedras, o en maíz, cuando contestaban “sembramos maíz” (Bernal: 2000:15). Podríamos pensar que la cita no viene al caso, diríamos entonces que el hombre llanero curaba mediante una oración la mordedura de serpientes o las gusaneras, la palabra aquí cura, es sanación.

De igual forma que Armando Zambrano rastrea los hilos de la palabra en lo que considero la construcción de sentido, Borges plantearía algo afín: “El universo como una inmensa biblioteca”, y le sumaríamos que debe ser en su totalidad algún día leído. En este estudio rastreamos la tradición oral y sus hilos de correspondencia con la realidad a la que sirve y enaltece.

Si esta tradición oral contiene elementos educativos, de manera necesaria tendrá cierta pedagogía y uno pensaría que si la tradición oral es milenaria y la escritura es más reciente, ¿qué se podría saber para esos tiempos de oralidad, sobre asuntos de pedagogía?, aquí confluiríamos de nuevo con el seminario del Dr. Zambrano, en el que continuamente se pregunta y responde por el valor y los alcances de la pedagogía frente a múltiples aspectos como la enseñanza, el saber y la didáctica.

Considero que el asunto de la pedagogía en la tradición llanera se podría resolver pensándola como un saber que los llaneros tenían de su realidad, ese saber debía conservarse y qué mejor forma que transmitiéndola a través del adulto al niño, con la palabra. Ese decir, esa palabra se desencadenaba al lado del fogón de tres piedras, después de la cena cuando se ponía en juego la narración extraordinaria, los relatos, el miedo, lo sobrenatural que atraía, que asustaba y que de manera invisible guardaba cosas que se consideraban necesarias desde la mirada experta de los viejos sabios. Digamos que, en este sentido, el valor de la tradición oral era la enseñanza y al enseñar se dan elementos para que el estudiante adquiriera la forma que desea seguir. Enseñar aquí implicaba e implica educar en el afianzamiento de valores que exigen continuidad, por ejemplo, si el valor de la palabra se perdía, la fe se minimizaba y al hacerlo el poder de la curación desaparecía por completo.

Se puede decir que el acto educativo que encierra la tradición oral era empírico, intuitivo, lo determinaba la experiencia de vida y del hacer, no imaginamos aquí a los llaneros preguntándose qué tipo de pedagogía sería la más apropiada para lograr mejores efectos. Conformémonos con pensar que tenían un saber, que se habían dado cuenta que era necesario transmitir, que su mejor medio era algo que encantaba a viejos y niños: la narración oral. Dicho medio llevaba en sí la representación como fuente de identificación, “Cuando decimos representación nos referimos a la manera como el saber instala una carga positiva del objeto de forma independiente de si este es o no el resultado del ejercicio cognoscitivo e instrumentalizado” (Zambrano: 2005:58).

Enseñar en este sentido pretendía expandir un tipo de conocimiento y de saber que ayudaba en las buenas y en las malas. El hombre llanero necesita que el niño sea llanero, que aprenda a vivir como llanero, con su arraigo, con su soledad al arrear el ganado en sus grandes planicies y

travesías. Allí esa soledad es acompañada del canto, de ese canto que también se transmitía teniendo presente su poder al asumir el arreo, “La palabra, pues, al fundar la puerta de entrada al mundo lo hace sobre dos órdenes. El primero, se refiere a la necesidad infinita del decir, señalar, abrir la ventana para mirar lo que sin ellas con dificultad, veríamos y contaríamos (funciones). El segundo, sobre su propia construcción (indicio); acción esta que logra producirse a través de los hilos ocultos del tiempo. Respecto al primero se puede advertir en la palabra la necesidad del afuera del yo” (Zambrano: 2002: 57).

Si se enseñaba el ser llanero de manera consciente, la tradición oral era el medio propicio y de manera evidente educaba con referentes típicos de los llaneros: la tierra, el caballo, el morichal, la soledad, la valentía, el miedo, las garzas, los conjuros, la oración, etc. Con esto se quiere decir que son elementos afirmantes que para el otro podían ser conscientes (al escuchar), pero para quien transmitía tenían su razón de ser en la experiencia de narrar. Miremos algunos de los argumentos que soportan la tesis anteriormente expuesta.

Parte de la tradición oral llanera conlleva propósitos moralizantes, en la leyenda se acentúa dicho carácter, allí se presenta el pecado y el castigo. Esa especie de conciencia

**La palabra para el llanero
tiene un valor supremo,
preserva contra el olvido y
mantiene lo que se quiere
que pase inadvertido a
las demoliciones de un
mundo cambiante.**

formativa sabe que está respaldada por la creencia firme del llanero en el poder sobrenatural, base inamovible, por ejemplo, de sus oraciones y rezos. En ella se fomentan, entre otros, el respeto por la vida, la fidelidad, se combate el alcoholismo y el ser mujeriego del llanero. Esto no sólo es típico de la leyenda, habría que remontarnos al origen mismo de la literatura, al del cuento y de la fábula en los que se perfilaba ese carácter. La fábula en su cierre llevaba una moraleja de manera íntima ligada o deducida de la historieta.

Es innegable que la leyenda pretende transformar algo en el escucha, y se transforma desde diferentes preocupaciones regionales que se vuelven típicas de su carácter. De igual forma recordemos que toda educación conlleva propósitos, transforma y se transforma también con el paso del tiempo; “La educación es la acción ejercida por las generaciones adultas sobre las que todavía no están maduras para la vida social, tiene por objeto suscitar y desarrollar en el niño un cierto número de estados físicos, intelectuales y morales que le exige la sociedad política en su conjunto y el medio especial al que está particularmente destinado”. Más breve, “la educación es una socialización [...] de la generación nueva” (Durkheim: 1979: 11). En este sentido, si nos atenemos a las palabras de Durkheim, encontraremos que la leyenda implica en sí, parte de esos mismos propósitos de la educación.

En la leyenda se perfila la palabra necesaria para contrarrestar formas de conducta que aquejan a los moradores del llano; en ese sentido, la leyenda no es ingenua, implica un “no deber ser” porque si se contraría se recibirá ese castigo expuesto en la narración escuchada. Es quizá por eso que le leyenda sufre variaciones desde México hasta la Patagonia, acordes con el lugar donde se narre, también transforma y se transforma de acuerdo a los valores a seguir y a las creencias de cada lugar. **En este sentido, quien narra ejerce el papel de guía para que, quien escuche, madure**

y transforme en bien las normas reprochables.

Las generaciones nuevas reciben con respeto la sabiduría ancestral, es innegable que para ellos existe respeto por lo enigmático y sobrenatural porque esa carga de creencia ya ha sido recibida de los adultos: “Lo educativo es, en efecto, una acción bajo la forma de la norma. Dicha acción se ejerce desde la voluntad social que los individuos elaboran, maduran y establecen como norma en las mismas interacciones sociales” (Zambrano: 202:153). Entonces la leyenda será un círculo perpetuo impregnado de saber, de experiencia frente al mal, de castigo y de valores a seguir después de ser escuchada. Al poner en circulación el saber moralizante de la leyenda, se pondrá en cuestión al hombre que se está formando, “Para la mayoría de las culturas africanas, la palabra tiene un carácter sagrado en virtud a su origen divino y a las fuerzas ocultas en ellas depositadas; y por ende, reviste un valor moral fundamental. Toda palabra tiene consecuencias: compromete al Muntu (es decir al hombre total, que incluye vivos, muertos y dioses), y el Muntu es responsable de la palabra. Por ello debe ser manejado con prudencia” (Bernal: 2000:16).

Miremos un ejemplo de leyenda en el que se evidencia esa esencia moralizante y con evidente castigo, expuesta en párrafos anteriores.

La leyenda del Silbón cuenta que un día un joven quiso comer asaduras de venado. Su padre, muy complaciente, fue de cacería para conseguir las, pero el muchacho al ver que tardaba fue en su busca y al ver que volvía con las manos vacías, mató a su padre, le sacó las vísceras y se las llevó a la mamá para que las preparara. La madre sospechó que eran las asaduras de su marido, interrogó e hizo confesar al joven su crimen. Después de saber la verdad, lo maldijo para toda la vida. Su hermano Juan lo persiguió con un mandador, le sonó una tapara de ají y le azuzó el perro tureco que le persigue desde ese día por todas partes mordándole los talones.

Este saber, este conocimiento, es usado en

Para la mayoría de las culturas africanas, la palabra tiene un carácter sagrado en virtud a su origen divino y a las fuerzas ocultas en ellas depositadas; y por ende, reviste un valor moral fundamental.

procura de la construcción de valores sociales “Así, la Educación es la forma de cultivar lo mejor en el ser humano, teniendo cuidado de no entorpecer la obra natural. El cuerpo y el espíritu requieren del cuidado y del cultivo. El espíritu se cultiva a través de las artes, de las disciplinas, del saber, de todo lo que es conocimiento, bajo formas culturales propias a la sociedad donde éste tiene lugar” (Zambrano: 2002: 154).

La tradición oral llanera orienta hacia el querer y cuidado de la naturaleza, tiene propósitos que para estos tiempos se podrían equiparar a fines ecológicos. Y en ese afán de cuidar la naturaleza, el monte virgen, personifica esa naturaleza en un espíritu que castiga a los leñadores.

Esta tradición promueve arraigo e identidad en sus narraciones y, al hacerlo, forma en una cotidianidad, en un espacio y tiempo determinado, referentes que son fácilmente reconocibles y perdurables. Esta leyenda se esfuerza por pintar y subrayar en su relato prototipos autóctonos. La fuerza de la narración genera relaciones de parentesco espacio temporal con el escucha, en los que el espanto o el personaje evocado habitan, cruza un espacio

propio del llanero, “Las brujas van en manadas, la que dirige el grupo Hato Platanales, tiene cabeza de toro, dientes de tigre, cola de león y el cuerpo como una pantera. Y berrea de tal modo espantoso diciendo “yo soy así y nadie se ponga delante de mí”. Y quién se va a poné delante de ese espanto —la que dirige la parranda del Hato Materro, ni las tortugas resisten esa orina tan fea—. Un día pasó por el estero con toda su compañía bailando y saltando en zancos y todos los patos se volaron asustados y de la jediondez murieron todos los peces” (Romero: 1986: 14).

Hato platanales, familiariza al llanero con la figura del sitio de trabajo, el toro y el tigre son propios del llano, de igual forma la tortuga y los peces. Luego presenta un referente más poderoso: el morichal y con él los patos. La acción fuerte atrapa a quien escucha el relato y le inserta, de paso, el llano en su conjunto, “Lo oral está asociado con un territorio, con un entorno, con una geografía personal. Es como si la oralidad formara parte de nuestra crianza, como si fuera otro seno a través del cual nos vamos alimentando de nuestro entorno” (Bernal: 2000:81).

El acto educativo no será distinto, de cierta forma promueve acciones semejantes al ejercer poder, “Educar es una actividad a través de la cual se transmiten, crean y recrean los valores y patrones de la sociedad, ambiente y representación, pues, con ella la sociedad humana logra imaginar el futuro y hablar sobre el pasado para gozar el presente y, de esta forma, proseguir en la búsqueda de un mejor hacer y pensar la empresa humana” (Zambrano: 2002:193).

De tal forma que para el llanero el relato anteriormente expresado tendrá más resonancia, más apertura e incluso, credibilidad, al ser narrado después de la cena en el espacio propicio para la transmisión oral. Hato Materro y Hato Platanales implican referentes creíbles, existentes, palpables, incluso le dan un aire carnavalesco: baile, parranda, típicos de la cosmovisión y cotidianidad llanera, “El habla no es sólo la mecanización del sonido ni la

gesticulación de los fonemas; es la rítmica entre la intencionalidad de la palabra y su contenido; es la exterioridad del otro. Su introspección está expresada en la manera como, desde la misma palabra, el ser deviene lugar de acción y reflexibilidad” (Zambrano: 2002: 59).

La tradición oral ayuda a formar y a preservar creencias, convicciones del hombre llanero. Este habitante de grandes extensiones, para contrarrestar las fuerzas y peligros de la naturaleza con la que trajina a diario, se aferra a la palabra como escudo, conjuro frente a los males que tiene que sortear de inmediato.

Frente a la ausencia de medicina, de antidotos, cura con fe y oraciones. Para rezar las gusaneras sólo necesita una descripción del animal infectado, sin esto no puede curarlo, si el becerro es recién nacido no podrá rezarlo. Frente a la mordedura mortal de la serpiente reza el veneno y cura. En ese sentido, ese saber se transmite, fe y oración harán el resto, “El hombre primitivo se siente a sí mismo rodeado de toda suerte de amenazas visibles e invisibles, que no espera vencer por meros medios físicos. Para él, el mundo no es una cosa muerta o muda; puede oír y comprender. Por lo tanto, si los poderes de la naturaleza son invocados de modo debido, no podrán rehusar su ayuda. Nada resiste a la palabra mágica” (Cassirer: 1945:168).

Si la palabra tiene poder, al llanero se le forma para que crea en ella, la superstición desempeña un papel relevante en su vida, a través de esta se puede curar hasta un dolor de muela. “Los llaneros tienen numerosas creencias sobre espantos y cuentan con gran vivencia los percances que dicen haberles ocurrido. Los mitos llaneros nacieron aquí, allá, en los grandes pajonales; en los largos caminos trillados por los conquistadores, después por los libertadores y más tarde por el llanero mestizo ya erguido sobre su caballo (Aponte: 1990: 46). Y este saber, esta forma de curar es típica del campo, en las ciudades será distinto, ese poder no tendrá los mismos efectos. Esas creencias serán transmitidas

y con ellas estará implícita una fe poderosa, capaz de vencer la adversidad. Por los mismos rumbos camina la educación, es un acto de socialización, de cierta fe, del alumno hacia el maestro, se cree o no en él y en la realidad que se tiene, y viceversa; “Puesto que la educación es socialización, conjunto de patrones que se transmiten de generación en generación, el pedagogo orientará sus esfuerzos para comprender su naturaleza y los acontecimientos partiendo, para ello, del presupuesto según el cual el ser humano no se educa sino en actos, a través de conocimientos y saberes” (Zambrano: 2005:117).

La fuerza que mantiene esas convicciones será herencia y arraigo; en este sentido, la palabra no será sólo un enunciado, será sabiduría, invención y formación en torno a un propósito que prepara: “[...] en efecto, la educación usada en una determinada sociedad y considerada en un momento determinado de su evolución, es un conjunto de prácticas de maneras de hacer, de

costumbres que constituyen hechos perfectamente definidos y que tienen la misma realidad que los otros hechos sociales” (Durkheim: 1979:103). En la medida en que estos tipos de creencias y convicciones dejan de circular, perderán su efecto y penetrarán otras alternativas, se acudirá a la medicina tradicional y se perderá esta riqueza de la palabra como hacer.

De igual forma, la tradición llanera orienta, dirige hacia el querer de la naturaleza, tiene efectos que para estos tiempos se podrían equiparar a propósitos ecológicos. Y **en ese afán de cuidar la naturaleza, la personifican en una mujer a la que hay que cuidar y querer. Si el llanero no cuida el monte será castigado por él, se personificará en una mujer, por ejemplo en La Madre Monte, en la Mancarita**, castigará con la muerte a los hombres que la perjudican. Miremos de qué trata la leyenda de la Mancarita.

Es una deidad antropófaga. A través de la tradición oral se pueden rastrear muchas

versiones. Entre ellas se puede destacar la de esta mujer encarnada en el tronco de la ceiba en donde se presenta exhibiendo sus partes sexuales. Órganos bellos que hechizan al sexo contrario.

Del árbol de la ceiba retoñan un par de ojos verdes tan hermosos que la víctima que contempla no puede sustraer sus ojos de esa mirada llena de deseos carnales. Más abajo —en ese mismo tronco—, aparece una boca de labios rojos carnosos, debajo de ellos revientan un par de senos con pezones rosados, tan apetitosos que parecen ofrecer su leche; bien abajo de éstos, brota una vulva lascivamente palpitante, a la altura del sexo del hechizado, si este no logra abstraerse a la atracción, es imantado hacia el tronco de la ceiba y la Mancarita lo devora por aquella vulva que es su verdadera boca antropófaga.

Nuestra tradición oral tendrá un fin público, no es acéfala, contiene saber, conocer, experiencia, prevención contra lo que se desencadena, contra el hombre solitario que traspasa las reglas sociales, por ejemplo la tala del monte. Este hombre preserva la naturaleza, su amor a ella en sus coplas, en sus canciones, en ellas la venera, la siente como parte de su esencia. Si la tradición oral llanera educa en la preservación del monte

En ese afán de cuidar la naturaleza, la personifican en una mujer a la que hay que cuidar y querer. Si el llanero no cuida el monte será castigado por él, se personificará [...], por ejemplo en La Madre Monte, en la Mancarita.

y de la naturaleza, la educación también lo hará en este orden, lo hará a través de algunos PEI, de proyectos integrados o de aula.

El llanero está condenado a interrelacionarse con la naturaleza, es parte de su vida y en esa naturaleza hay un saber que lo respeta y lo trasciende a través de la palabra, “Algunos autores se refieren al saber de la vida como empírico. Otros, en cambio, hablan de saber cognoscente. En nuestro caso, consideramos que el saber de la vida es producto de la información que se expande por diversos canales, particularmente, por el conjunto de prácticas que el sujeto lleva a cabo en el mundo” (Zambrano: 2005: 89).

La tradición oral de cierta forma particulariza, le da tinte a sus narraciones, imprime un tono personal a través del cual trasciende más fácilmente, pues “toda tradición oral está más o menos estrechamente vinculada a una sociedad y a una cultura, de la que es producto. Toda tradición, pues, está influida por esta cultura y esta sociedad, que condiciona su propia existencia” (Vansinas: 1966: 175).

Esta tradición oral evidencia y forma al llanero en el canto y la palabra como herramienta de trabajo en las labores de ordeño y arreo del ganado. De esta manera se acostumbra al ganado para que reconozca la voz del llanero como guía que debe seguir en la sabana. De igual forma ocurría en las galeras y en los trabajos en los que de manera mancomunada se unían las voces en coro para hacer fuerza colectiva al unísono. El llanero en las llanuras acompaña al ganado desde cantos que heredan de la tradición o que improvisan. Esto previene las estampidas y el ataque de las fieras; el canto tranquiliza y denota presencia.

Asimismo, los cantos de ordeño sirven para apaciguar a las vacas; el llanero las acaricia y les canta mientras las amarra y ordeña, cantos y silbos que generan códigos entre los llaneros y a la vez entre ellos y el ganado, que a fuerza de costumbre aprende a obedecer los órdenes, “Los famosos experimentos de Pavlov prueban solamente que

los animales pueden ser entrenados con facilidad para reaccionar no sólo a los estímulos directos sino a toda suerte de estímulos indirectos o representativos” (Cassirer: 1976:57).

No se pretende de manera idéntica definir relaciones directas entre animal y hombre, pero puede haber situaciones parecidas, por ejemplo, cuando el profesor lleva niños a una actividad extra clase, será el grito, la voz elevada, el tono determinante en el orden y camino a seguir. Con esto se quiere decir que, para el docente, la voz será herramienta fundamental a la hora de ejercer determinadas prácticas, con ella establece relaciones de afecto o de control. Las primeras relaciones de comunicación entre la madre y el bebé, se darán a través de la voz, del canto, de los gutureos mientras lo amamanta, “Desde muy temprano la madre pronuncia palabras enigmáticas y plenas de cariño para saludar a la vida que comienza... y al nacer somos recibidos igualmente con palabras” (Bernal: 2000: 17).

Incluso, en el llamado adiestramiento, palabras cortas regirán comportamientos en el animal que se hará diestro en algunas actividades como el ataque o la espera. El hombre está hecho de palabras, nombra las cosas, las evoca, las relaciona, “Esa palabra creada desde el silencio, desde la necesidad de nombrar y de interpretar lo otro, esa palabra es vida, es poder, es acción (Bernal: 2000:17). La palabra establece relaciones con el mundo desde el génesis, la palabra es el hombre mismo, la razón, el hombre puede ser

social a través del lenguaje: “Sin la palabra, el mundo será una sombra sin forma, un lugar sin eternidad (...) la palabra, en suma, es el indicio de un algo que trasciende, con lentitud, en la organización de la frase, del discurso y de la narración” (Zambrano: 2002:55).

La tradición oral llanera forma a sus habitantes en el uso de oraciones y letanías que sirven para enaltecer, fortalecer y despedir a sus muertos. El ritual de la despedida a los difuntos del llano, está acompañado de cantos, oraciones y letanías en las que el llanero acompaña espiritualmente a las personas que ama. En el llamado Velorio de Angelitos, se viste bien al niño o bebé recién nacido que ha muerto, se le colocan unas alas de ángel y allí la palabra sirve para darle la fortaleza que no tiene, la fuerza suficiente para que pueda subir al cielo. En ocasiones, este ritual se acompaña de un parrando llanero para dar gracias a Dios por llevarse al cielo a esa alma santa, a tal punto bailan que la cara del niño se llena de polvo del zapateo llanero. Aquí la palabra es fuerza, y a los difuntos mayores acompaña hasta que su alma se desprende del cuerpo y emprende viaje.

La palabra hermana en la alegría y en el dolor, acompaña, evoca “La palabra oral circula horizontalmente, de modo que basta tan solo con saber escuchar para tener acceso al conocimiento y a la sabiduría acumulada a través de la historia. El hablante recibe esa voz colmada de sentidos ajenos. **El texto oral es**

Los cantos de ordeño sirven para apaciguar a las vacas; el llanero las acaricia y les canta mientras las amarra y ordeña, cantos y silbos que generan códigos entre los llaneros y a la vez entre ellos y el ganado, que a fuerza de costumbre aprende a obedecer las órdenes.

abierto en el sentido que, cada vez que alguien cuenta, se apropia de él, lo interpreta a su modo, lo recrea, introduce modificaciones, crea su versión; versión que actualiza el texto pero que no lo deja fijado” (Bernal: 2000:10).

Dicha tradición oral promueve el agradecimiento que se debe tener con las fuerzas superiores que ayudan a las cosechas y al buen tiempo. Los parrandos llaneros casi siempre tienen el propósito de pagar favores sagrados, con ocasiones de celebrar un buen negocio o la venta productiva de la cosecha. En el parrando se pone a prueba, mediante juegos y contrapunteos, el ingenio del llanero. En estas festividades hay derroche de alegría, de comida, de baile y de palabra.

Existe también el San Pascual Bailón, festividad de pago de favores a un santo, bien sea en la salud o en la prosperidad. Allí el baile es el centro, las muchachas en edad “de merecer” asisten a estos bailes y a los parrandos para conocer pareja con pretensiones de casarse. Estos espacios sirven para el reencuentro y en ellos la tradición oral se reafirma, el llanero respeta la palabra como grandeza de su pasado y presente, como vehículo del saber a guardar, como inteligencia a la hora de improvisar, “El conocimiento del pasado al cual el hombre puede llegar está limitado a lo que las fuentes le transmiten” (Vansinas: 1966: 53).

En el parrando se da el contrapunteo para competir en ingenio e improvisación, no se hacen esperar, en ocasiones se ofende verbalmente y puede terminar en una balacera entre los competidores; las letras de algunas canciones, como la que evoca la leyenda del ánima del Hato de Santa Helena, dan fe de ello.

En estas fiestas de celebración la palabra educa en cómo y qué es ser llanero a través del intercambio de historias que puede propiciar la tradición oral como elemento socializador de impresiones y de cultura, “En efecto, los sujetos establecen mecanismos de intercambio en la sociedad, crean sentidos y construyen un sentimiento de pertenencia a través de la

participación en los sistemas de producción de bienes y servicios, la representación y las prácticas culturales que tengan lugar en la comunidad” (Zambrano: 2005:173).

Aquí se manifiesta el sentido y fervor religioso del llanero, se pagan promesas o se ofrecen al Dios benefactor o a los Santos Patrones. De esta forma se generan relaciones con las fuerzas sobrenaturales y la palabra se pone en marcha en las competencias verbales que allí se posibilitan. El hombre de estas tierras respeta y admira la valentía de sus hombres y el poder de la improvisación con la palabra, no en vano en la leyenda de Florentino y el Diablo, Florentino le gana al Diablo al vencerlo a punta de acertijos en ese poema hondo y extenso. Aunque el poema que circula en Colombia es venezolano, esto se explica porque el llano se extiende a Venezuela por el Cajón de Arauca, “En todo relato, los tiempos se desvanecen para darle lugar a la fundación de la narración sin límites” (Zambrano:2002: 55).

En este punto, diremos que es indispensable, al penetrar en un corpus investigativo, rastrear los hilos invisibles que genera un tema en sus múltiples dimensiones. Términos como saber, pedagogía, educación, formación, no serán ajenos a cualquier realidad a explorar. Zambrano subraya de manera profunda y acertada el valor de determinar esa red de correspondencias que desde la palabra nos lleva al concepto y desde el concepto al saber; ese saber a su vez se vale de formas de transmisión y de acciones al interpretar y transmitir elementos a estudiar, si se quiere ver un fenómeno completo.

Al seguir aquí los hilos de la tradición oral llanera encontramos que contiene elementos formativos que, al ser transmitidos, apuntan a múltiples dimensiones: posee e induce prácticas moralizantes, inserta arraigo, ayuda a preservar creencias y convicciones del llanero, se usa para evidenciar que ciertos tipos de canto y la voz humana sirven para facilitar labores típicas del campo, tiene propósitos que se pueden llamar ecológicos, promueve el agradecimiento que se

debe tener con las fuerzas superiores que ayudan a las cosechas y a los hogares. Todos estos elementos nos llevan a afirmar los propósitos y contenidos de la tradición de las gentes de esta región de Colombia que se enfrentan a diario con la pérdida gradual de esta riqueza educativa que no ha sido evidenciada de manera directa como aquí se pretende.

Finalmente todos, de alguna forma, tenemos la huella de la tradición, sólo que ésta cada

día se pierde de manera gradual en nuestras percepciones del mundo. Negar la tradición oral sería negar en sí la historia del hombre y eso es imposible; se puede afirmar, en cambio, que la tradición oral se está perdiendo y es quizá porque no se tiene clara la función social que ésta desempeña. La palabra, para el llanero, es fuente de sabiduría, de fortaleza, de protección, es herramienta, objeto de transmisión de la mirada y de las convicciones llaneras casi en pleno. **hU**

Referencias

- ABADÍA MORALES, GUILLERMO. *ABC del folklora colombiano*, Bogotá: Panamericana, 1987.
- APONTE, SILVIA. *El pescador de tradiciones*, Villavicencio: Universidad Tecnológica de los Llanos, 1990.
- _____. *Compendio general del folklora colombiano*, Bogotá: Banco Popular, 4ª. Ed., 1990.
- BAQUERO NIÑO, ALBERTO. *Joropo: identidad llanera*, Bogotá: Universidad Nacional, 1990.
- BERMÚDEZ, EGBERTO. "Música de los Llanos Orientales", en: revista *Música y tradición popular colombiana*, No. 3, 1997, p. 41 a 42.
- ELIADE, MIRCEA. *Mito y realidad*, San Pablo: Perspectiva, 1972.
- PAZ, OCTAVIO. *El arco y la lira*, Colombia: FCE, 1988.
- PERDOMO ESCOBAR, JOSÉ IGNACIO. *Historia de la música colombiana*, Bogotá: Biblioteca Popular de la Cultura Colombiana, 1945.
- PORTACCIO FONTALVO, JOSÉ. *Colombia y su música. Canciones y fiestas llaneras*, Bogotá: Lagos diagramación, vol. 3. 1994.
- ROMERO, MARÍA E. (comp.). *Café, caballo y hamaca visión histórica del llano*. Orinoquía: Abya- Yala- Orinoquía -Siglo XXI, 1992.
- ROLDÁN, HELENA; BURGOS, LUIS FERNANDO, et. al. *La escuela en la tradición oral*, Santa fe de Bogotá: Plaza y Janés, 1998.
- SABIO, RICARDO. *Corridos y coplas. Llanos Orientales de Colombia*, Cali: Editorial Salesiana, 1969.
- VANSINAS, JAN. *La tradición oral*, Barcelona: Nueva colección labor, 1966.
- ZAMBRANO LEAL, ARMANDO. *Didáctica, pedagogía y saber: Aportes desde las ciencias de la educación*, Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio, 2005.
- _____. *Los hilos de la palabra: Pedagogía y didáctica*, Santiago de Cali: Nueva Biblioteca Pedagógica, 2002.